

Todos somos responsables

EUGENIA MEYER ■

Apenas hemos recuperado nuestra universidad. Terminó la demostración de la incapacidad gubernamental por coadyuvar en la solución a un largo y complejo periodo de incompreensión, rupturas y desencuentros. La entrada de la fuerza pública sólo vino a comprobar las intromisiones y a reflejar las desavenencias entre el gobierno federal y el del Distrito Federal, como también la enorme injerencia de intereses políticos de un sinnúmero de grupos y partidos ajenos a la UNAM.

Durante los primeros días, luego de la "liberación", nos enfrentamos a la desolación que imperaba en el campus; repasábamos la infinidad de grafiti y consignas de todo tipo que, en la mayoría de los casos, daban cuenta de posiciones entre "todo" o "nada"; observamos la ironía de un brochazo de pintura, de un balde de agua, de un trapo quitapolvos para suprimir los restos de esa experiencia dramática e irrepitable. Estamos seguros que nada ni nadie borrará el recuerdo de lo sucedido; nada ni nadie olvidará lo pasado, para finalmente empezar a construir el futuro.

¿Qué debemos hacer ahora? Quizá haya que arremeter con fuerza y coraje, para sacudirnos los dogmatismos, los fantasmas, las banderas y obligar a toda la comunidad universitaria a sacar adelante el proyecto permanente y esencial de nuestra universidad.

Aquí no hay vencidos o vencedores; hay, y todos lo somos, perdedores y responsables. La Universidad, que ha sido desde siempre el espejo de la nación, ha estado acosada, amenazada, manipulada y mancillada por grupos diversos. A pesar de ello, sigue enhiesta, aunque maltrecha, y los daños materiales, morales, culturales e históricos que ha padecido en estos últimos tiempos, difícilmente serán reparables.

En sus muros y edificios, testigos del paso de miles y miles de alumnos, está la memoria de los mejores mexicanos, de sus esfuerzos desde tiempos lejanos por defender la soberanía, la libertad y por construir una nación democrática. Allí se han gestado los compases y los ritmos del cambio; se han erigido barreras frente a involuciones y retrocesos; han surgido las mejores ideas, las mejores voces, las esperanzas para construir el futuro de la historia nacional.

Habrà que empezar a allanar el camino, mirar hacia adelante para ver como vamos a encontrar soluciones a las deplorable condiciones de buena parte de las nuevas generaciones que fueron, a fin de cuentas, las que expresaron su rebeldía, descontento y desencanto frente al mundo que pretendemos legarles. Ellos que quizá sin darse cuenta, porque no pudieron, no quisieron o se los impidieron, lograron convencer a la sociedad de la urgencia de un cambio fundamental para la Universidad; ellos quienes fueron los autores del proyecto y el propósito del Congreso que nos atañe a todos, en el cual todos deberemos participar. E insisto todos, porque sólo la pluralidad y la tolerancia frente a las ideas de los demás permitirá la verdadera transformación. Es hora de

escucharnos los unos a los otros, es tiempo de la reflexión conjunta, serena y profunda.

Todos somos responsables, porque hemos estado presentes, silentes y a veces hasta cómplices de la depredación cultural y social que ha orillado a estos jóvenes a la desesperanza, a un futuro incierto, que los obliga a buscar formas contestatarias, quizá aferrados a posturas extremistas y excluyentes no siempre atendiendo a las mejores voces o, peor aún, en el río revuelto, permitiendo las ganancias de demasiados pescadores malintencionados y claramente obcecados en propósitos ajenos o distantes a las razones universitarias.

Todos somos responsables de haber estado, las más de las veces, pasivos o indiferentes, a lo largo de muchas generaciones, en un proceso de enriquecimientos brutales, de cohesión, autoritarismo y burocratismo cínicos que, en el caso de la Universidad, culminan con esta explosión de rebeldía, no siempre racional, menos aún ajena a influencias, manipulaciones y determinismos extraños.

Todos somos responsables de no haber sabido coadyuvar a la formación de estudiantes más propositivos, menos dogmáticos, quizá también menos fundamentalistas. Porque a fin de cuentas la misión última de la universidad debe ser la de enseñar a pensar en libertad e impedir cotos a la razón y al pensamiento.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo empezar? Quizá buscando las formas de volver a integrar el tejido social que nos unía e identificaba. Definiendo qué tipo de universidades queremos, para qué mexicanos y para qué país. Luego, recuperar la confianza de unos en otros. Delinear y precisar el perfil de la educación superior y de sus propósitos. Sólo así podremos empezar a defender la verdadera autonomía y exigir respeto a los gobiernos, cualesquiera sean sus sellos o sus signos.

Habrà que insistir con responsabilidad en el acato irrestricto e incondicional a la autonomía universitaria por cuanto a sus características de gobierno interno y de desarrollo y calidad académicas. Habrà sin duda que pensar en una verdadera transformación de los cuerpos y órganos de gobierno universitario. Tendrà que reconocerse la necesidad de modificar las características autoritarias, en ocasiones piramidales y ciertamente anacrónicas de buena parte de la estructura y la burocracia que ha terminado por colmarnos y por llegar a límites insostenibles. Condición que ha provocado gastos inconmensurables en sueldos, salarios y prestaciones que representan el 80% del presupuesto, dejando tan poco para lo esencial, como son laboratorios, talleres, bibliotecas, prácticas de campo, etcétera.

Es absolutamente inaceptable para los universitarios el escenario de un gobierno que interviene según los intereses y tiempos políticos partidistas electoreros. Como lo es también que el Ejecutivo Federal pueda cesar a un rector, o simplemente despedirlo y dictar, a la distancia, la lista de quienes integran los órganos de decisión.

Hagamos oídos sordos a los intereses múltiples y diversos que insisten en minimizar a nuestra máxima casa de estudios. Aquellos que plantearon y plantean la desaparición de la UNAM. Aquellos que se atrevieron no sólo a pensar, sino a expresar que era preferible cerrarla y pagar en cambio los estudios de unos cuantos a quienes valía la pena, según ellos,

enviar al extranjero a formarse bajo el modelo imperante. O incluso que hoy día piensan en dádivas, sólo migajas, para acallar conciencias de quienes han saqueado al país.

De igual forma, con claridad y con firmeza, habrá que demandar una nueva forma de concebir la educación en un país que tiene más de la mitad de su población en edades escolares. No basta con que las administraciones presenten complejos presupuestos que, según aducen, otorgan grandes cantidades al rubro educativo, cuando sabemos que son insuficientes, porque están sujetos a limitaciones de mercado y de intereses internacionales. Posiciones en las que sólo cuando se ven amenazados en su estabilidad están dispuestos a conceder más recursos.

Es menester volver a la historia y reconocer que ha pasado todo un siglo desde que se concibió la estructura universitaria a partir de la escuela preparatoria. Ello respondía, en su momento, a la realidad del México del novecientos; hoy día resulta inoperante. Tanto por la demanda como por la oferta, la educación media superior de México, en todas sus variantes, debe tener su propio cuerpo estructural, vinculado sí, pero independiente de la formación universitaria.

Cuántas voces se levantaron en 1998 para reclamar mayores presupuestos para la educación. Cuánta indignación produjo ver como el "salvamento bancario" recibía una atención desmesurada, en tanto que nuestras primarias, secundarias, preparatorias y universidades buscaban denodada e infructuosamente el apoyo que les correspondía.

Y si recuperamos la disputa sobre la gratuidad de la educación superior, habrá que insistir en que, de darse, tendría que ser justa y homogénea. Universidades gratuitas, para todos, en cualquier parte de la Federación, dejando al libre albedrío de cada quien cuál podría ser su contribución de acuerdo con sus posibilidades.

Mayores presupuestos que permitan ampliar las ofertas y los espacios, mejorar los cuerpos académicos, las infraestructuras y todo aquello que se requiere para la formación superior de los mexicanos que vendrán. Hacer de la educación superior un verdadero derecho, no un privilegio, sin caer en la trampa demagógica y aislacionista de que cantidad sustituye a calidad.

Pero sobre todo tendremos que trabajar ardua y tenazmente por la recuperación académica de la universidad. Habremos de pugnar por un congreso universitario, con representación de todos e insisto todos. Sería absurdo excluir, por sus ideas, a quienes exigieron el cambio en nuestra institución académica. Los *curricula* y *pensum* académicos, los agrupamientos de las diversas ciencias y las humanidades; la consolidación de una verdadera relación, casi simbiótica, entre formación, docencia e investigación. Así también habrá que revalorar la difusión de la ciencia y la cultura como parte integral de la formación de los nuevos mexicanos para un nuevo milenio, sin distinción de condición social o posición ideológica. Menos aún de cara a proyectos globalizadores que poco repararan en injusticias, en nuestras necesidades o nuestra realidad.

Para ello, sin duda, para que el congreso universitario sea verdaderamente democrático e incluyente, deberá organizarse desde dentro por los universitarios, y sólo por nosotros.

Deberá ser plural, buscar el diálogo permanente y el reencontro de formas diversas de pensar. A fin de cuentas, ésta es la misión y la razón de ser de la Universidad ■

Una historia de debilitamiento continuo

FEDERICO ÁLVAREZ ■

La huelga universitaria, a pesar de la justeza básica de muchos de sus planteamientos iniciales, ha terminado con la derrota del CGH por dos razones fundamentales.

En primer lugar, el CGH confió en que el tiempo estaba a su favor, se negó a negociar creyendo en las ventajas de una "huelga prolongada" y desaprovechó tres o cuatro oportunidades evidentes para levantarla con éxito.

En segundo lugar, y como un proceso de crispación paralelo al anterior, el movimiento fue radicalizándose más y más hasta adoptar como aparato ideológico una mezcla supuestamente revolucionaria pero en realidad fundamentalista y populista, sin sustentación teórica alguna y viciosamente implicada en el panorama electoral vigente.

Estas dos razones produjeron una tercera, decisiva: el movimiento acabó siendo ajeno a su propia base social, la población universitaria, y fue perdiendo paulatina pero inexorablemente el favor de la mayoría de los estudiantes. Esto determinó la adopción de métodos assemblearios intolerantes y autoritarios que negaban la libre expresión democrática en su interior y que provocaron a la postre la creación de tendencias antagónicas en su propio seno y la expulsión de los disidentes como método para zanjar los problemas.

La historia, pues, de la huelga, es, en cuanto a su dinamismo, la del continuo debilitamiento de su Consejo General hasta quedar reducido a una caricatura de lo que fue. Después del fracaso de la reunión en la antigua Facultad de Medicina, última oportunidad para sacar relativamente indemne al movimiento, todos sabíamos que la salida de fuerza era posible, y los esfuerzos de las asambleas conjuntas de estudiantes y profesores para evitarla fueron lentos y, a la postre, inútiles, frente a la insólita cerrazón de los pequeños grupos irreductibles que tenían en sus manos las instalaciones y, por lo tanto, la decisión última.

Cuando las autoridades acudieron al uso de la fuerza, era, pues, previsible que la operación se haría "pacíficamente". Pero la salida, además de ignominiosa, no ha sido una solución. La UNAM da inicio a sus clases con estudiantes presos y en un clima de tensión en el que el sector académico deberá representar un papel determinante en la verdadera solución del conflicto. Entretanto, una minoría del antiguo CGH, sin analizar objetivamente su derrota, parece estar dispuesta al jaque continuo, lo cual cancela su participación en el Congreso Universitario y, de hecho, deja su estafeta en el suelo. Habrá que ver quién la recoge ■